

# Como conocí a JOSE ANTONIO

ANTE todo una aclaración. El cómo conocí a José Antonio sería algo que sólo podría envolver interés para mí, si no fuera porque al contarlo pienso dar datos interesantes para la Historia de nuestro Movimiento. El día que conocí a José Antonio nació para nuestra Patria el nombre de Falange Española. Es esto un detalle que, pese a lo vario que se ha escrito sobre los orígenes de la Falange, no lo he visto tratado en ninguna parte, acaso porque sobrevivían pocos de los que asistimos a su nacimiento.

El día que conocí a José Antonio, además, se me reveló íntegramente el carácter del Fundador y Jefe. Fué una frase, una sola frase la que de pronto me descubrió la inmensa categoría de quien desde entonces asumía el mando de nuestro destino histórico. Hoy esta frase, si no en su original versión, a lo menos en la idea que encierra, es muy conocida, por haber cristalizado en diversos párrafos de los documentos originales y fundamentales del Movimiento. Entonces no lo era, pero tampoco la oí como caída del cielo. El secreto del éxito de José Antonio no era tanto descubrir cosas inéditas como cristalizar definitivamente anhelos íntimos que no habíamos sabido concretar. En esto residía su fuerza y el ímán que ejercía sobre las almas de los que le rodeaban. Cuando proclamó que la Patria era una unidad de destino no hizo más que descubrirnos lo que deseábamos hacia tiempo decir sin que hubiéramos acertado con la fórmula. Por eso la Falange ha sido el movimiento más auténtico de nuestra Patria, porque fué forjado a golpes ciclópeos por el verbo más caído que jamás ha existido sobre el material de la propia voluntad de pueblo.

Y hecha esta presentación empiezo a narrar sucintamente cómo nació el nombre de Falange Española, y cómo descubrí la inmensa verdad de José Antonio.

\* \* \*

Eran los primeros días de octubre de 1933. Se habían disuelto las Cortes Constituyentes, y todo el mundo confiaba en una época de bienestar bajo un Gobierno «de derechas». Pero lo que entonces no constituía más que una minoría opinaba que la solución no podía consistir en un cambio de Gobierno. Había que acabar con los últimos restos del régimen demoliberal.

Como todos los movimientos que responden a una necesidad y a una autenticidad histórica no nacen en un solo momento, sino que reúnen chispazos que ya con anterioridad habían manifestado en público, por lo menos, una radical discrepancia con todo lo existente, contradicción que sólo podría desenvolverse por cauces revolucionarios. Uno de estos chispazos surgió en el invierno de 1931 con el nombre de «Frente Español». Del grupo de firmantes del manifiesto con que hizo su aparición, algunos—pocos—derivaron por sendas extraviadas; otros—los más—tuvieron una actitud de titubeo antes de integrar la Falange, y otros seguimos fieles al momento histórico que nos inspiró.

Al mismo tiempo que el grupo del Frente Español hacía su ensayo sin medios de lucha, pero abiertamente, otro grupo que se ocultaba en la clandestinidad fijaba pasquines encabezados con las iniciales «F. E.» enmarcadas en un cuadro azul. Este grupo lo constituían gentes que fueron fieles al General Primo de Rivera y tomaba unas iniciales que querían decir *fascio español*. Por una serie de azares que serían muy largos de contar llegó el momento en que se ofrece la dirección de F. E. a José Antonio, y éste busca contacto con Alfonso García Valdecasas, que dirigía Frente Español.

Hay que advertir que en este momento José Antonio no era la figura mítica que es hoy. Era un muchacho inteligente, despierto, con grandes dotes de simpatía personal y una cualidad que le favorecía y le perjudicaba por igual: era el hijo del Dictador. Esto podía hacer suponer a muchos que su política no traería ningún cambio revolucionario y solamente significaría un retorno a la época del Gobierno de su padre, época magnífica, es verdad, pero que no basaba al fervor revolucionario de la juventud española.

García Valdecasas y José Antonio llegaron rápidamente a un acuerdo. El Frente Español tenía una organización legal, pero carecía de medios de lucha; en cambio, F. E. tenía una cierta masa y medios de lucha, pero carecía de organización legal. Coincidían las iniciales, por lo que la propaganda ya efectuada de un grupo podía aprovecharse por el otro. Entonces se convino en un cambio de mandos, constituyéndose al frente de la nueva agrupación un triunvirato formado por José Antonio, Ruiz de Alda y Valdecasas. Los firmantes del Frente Español serían nombrados a perpetuidad Consejeros fundadores, nombramiento que sólo ellos detentarían. Pero entonces ocurrió que una parte de los firmantes del manifiesto del Frente se opuso terminantemente a esta fusión bajo el caudillaje de un triunvirato inspirado por José Antonio.

No había más que una solución: volver a empezar y constituir *legalmente* nuestro Movimiento conforme a los preceptos arcaicos y liberales de la ley de Asociaciones. Siempre quedaba la dificultad de acertar con el nombre. Una tarde me llamó Valdecasas para decirme que buscara

uno cuyas iniciales fueran F y E, y que no coincidiera con el de Frente Español, ya que de los que habían firmado el manifiesto y estaban en España, sólo él, Bouthellier y yo estábamos de acuerdo en la fusión con el grupo de José Antonio.

A la mañana siguiente, en la Academia de Jurisprudencia, con el Diccionario de la Lengua a la vista, anoté todas las palabras que empezaban con F. y E, siempre que tuvieran alguna significación militar y nacional. Compuse varios nombres, y si mal no recuerdo, el día 10 u 11 de octubre fui después de comer a casa de Ruiz de Alda. En su despacho estaban el inolvidable Román Aya, posteriormente asesinado por los rojos, Emilio Rodríguez Tarduchy, Peláez y no estoy seguro de si también Valdés. Estaba también un muchacho joven, de cara amañada, ojos inteligentes, pelo lacio y negro, impecablemente peinado hacia atrás, y que poseía una viril e innata elegancia en todos sus gestos. Ruiz de Alda nos presentó y entonces oí su nombre: José Antonio Primo de Rivera.

Empezó la conversación sobre el nombre a adoptar y me preguntaron si había hecho el encargo de Valdecasas. Leí varios de los compuestos con ayuda del diccionario, y como era de esperar, ninguno gustó tanto como el de «Frente Español». Cuando todos los nombres posibles parecían agotados (o no gustaban o sus iniciales no eran F y E, pues no solo por las razones dichas, sino que había interés en que las siglas del movimiento indicaran y dijeran Fe) dije el que llevaba como última reserva, que a un me había gustado mucho y a Valdecasas también: «Falange Española». Inmediatamente fue aceptado, y entonces Ruiz de Alda sacó una botella de excelente conac y por primera vez en España se brindó por la Falange.

Por cierto que, comentando el nombre, recuerdo que dijo Ruiz de Alda que en definitiva esta cuestión a su juicio no tenía importancia, porque fuera cualquiera el nombre elegido, en cuanto se diera el mitin de la Comedia todo el mundo nos llamaría *los jascistas*. Yo sorprendí una leve sonrisa en José Antonio, porque sin duda alguna penso que todo el mundo nos llamaría *los jalangistas*, como así ha sido.

Entonces tomó la palabra José Antonio y me dijo si para el día 28 podría estar todo arreglado en la Dirección de Seguridad, a fin de poder utilizar el nombre en el acto de la presentación.

Le respondí que los trámites que la ley imponía eran largos y que probablemente no había tiempo de cumplir los plazos para esa fecha, a pesar de que lo intentaría. En cuanto a la forma legal les dije que a mi juicio era lo mejor reproducir los estatutos del Frente Español, ya aprobados, en los cuales se ocultaba todo carácter de violencia, destacando en cambio un aspecto cultural, sin perjuicio de que al socaire de lo estatuido nos organizáramos como mejor nos pareciera. Se aceptó esta idea y me dijo José Antonio que me ocupara de todo, ya que desde aquel momento me nombraba secretario general del movimiento que nacía. Yo traté de excusarme, alegando—como era cierto—que preparaba oposiciones y que dentro de poco tendría que abandonar esta actividad para dedicarme a mi carrera. Su respuesta fué breve y tajante: «No se trata de discutir, sino de obedecer.» Y a José Antonio, en efecto, no había más remedio que obedecerle. Su autoridad se imponía sin abrumar.

Esto explica cómo surgió el nombre de nuestro Movimiento y el por qué en el mitin de la Comedia no se empleó. Legalmente no estuvo constituido hasta el día 2 de noviembre de 1933, a pesar de la prisa con que redacté los estatutos, que por cierto los di a copiar a máquina a una Academia que existía o existe en la calle de Esparteros!

Salimos juntos José Antonio y yo de casa de Ruiz de Alda, cruzándonos en la puerta con el camarada Martínez Cabezas y Arredondo. Subimos en su «Chevrolet», que siempre conducía, y desde el que repelió en la calle de la Princesa el primer cobarde atentado que sufrió cuando venía de la Cárcel de defender a algunos camaradas encarcelados, y lo acompañé a su despacho, que entonces estaba en la calle de Alcalá Galiano. Me regaló un ejemplar de la defensa que hizo en el Senado de la gestión gubernamental de su padre, ejemplar que conservo y que está avalado por una cariñosa dedicatoria.

Nos despedimos, y entonces, quizá también por primera vez en nuestro Movimiento, le dije: «A tus órdenes», a lo que me repuso con aquella su rapidez tan característica «que entre el pequeño grupo que iniciaba la lucha no había superiores ni inferiores»; «somos—añadió—como en los primeros tiempos de la Compañía, un grupo de hombres de buena fe que debemos censurarnos todo a fin de acertar».

A esta frase me refería anteriormente. Si alguna duda quedaba en mí sobre la naturaleza del Movimiento que iniciábamos, se acababa todo de poner en claro. Dos directrices lo informaban: el sentimiento de civilización europea, que ante todo se preocupa de salvar al hombre, y la disciplina férrea del Ejército. Como denominador común del sentimiento religioso y castrense, un auténtico lazo de hermandad.



José Antonio cuando hacía el servicio militar como soldado de Caballería.

No es por tanto de extrañar que, sometida desde su nacimiento la Falange a esta orientación, fuera el Jefe el que en cada momento supiera dar ejemplo de todo. Si alguien era encarcelado, allí estaba José Antonio poniendo su toga y su inteligencia en la defensa del camarada. Si cuando se vendían periódicos surgían verdaderas batallas campales con los rojos, el Jefe—como una profecía de los alféreces de nuestra Cruzada—era el primero en luchar protegiendo a los vendedores. Cuando hubo que morir, él fué el primero que nos enseñó cómo se da la vida por España. Su testamento es lo más doloroso y humano que se puede leer.

Por eso quiero recordar este episodio. Hoy José Antonio ya no nos pertenece como antes. Su figura inmensa ha entrado en el ámbito de la Historia. En aquella época, José Antonio era más íntimo, nos pertenecía más a sus amigos y tal vez por eso añoramos estas anécdotas—y otras muchas dignas siempre de recordación—en las que sin mengua de sus grandes dotes de Capitán supo siempre mostrar una claridad de ideas y una firmeza en la realización de su propio destino, todo ello envuelto en un aroma de amistad y afecto, que a través de los años transcurridos conservan toda la galanura y frescor que vemos en algunas pinturas primitivas.

ELISO GARCIA DEL MORAL